



Tribuna APOLOGÉTICA

¿Necesitamos hoy a Dios?

Ante la rapidez extraordinaria de los grandes y sorprendentes descubrimientos de nuestra época, que colman nuestras esperanzas de bienestar, es posible que algunos se dejen seducir por el canto de sirena materialista y se pregunten:

¿Necesitamos hoy a Dios?

¡Vaya si lo necesitamos! ¡Cómo que ya, en medio de esta inundación de comodidades y de bienestar, se oyen voces angustiosas, no sólo de personas, sino de pueblos, que se ahogan y se les escapa la vida de las manos,...

La vida no se compra ni se vende. Se recibe. Y no se recibe, por cierto, de este bienestar material. Es Dios quien la da, y, si el Autor de la vida se aleja, es inútil todo el florikeo humano.

Hoy día debemos acudir más que nunca a Dios. Como mendigos deberíamos arrojarnos ante El y suplicarle que se quede algún tiempo entre nosotros. ¿No vemos cómo hay un abundante número de jóvenes que necesitan de un buen rato de tocador como las mujeres?

Y ¿qué se puede esperar de estos hombres del mañana?

En los años de más acusado declive del pueblo romano, las juventudes que en otro tiempo hacían temblar al mundo con su presencia, se habían convertido en juven-

tudes afeminadas. Y así no se salvó el Imperio. Y así no se salvará el mundo.

Sólo los que viven de Dios y con Dios son la esperanza de salvación.

Hoy, en el siglo XX, necesitamos a DIOS.

No sucedió en Yanquilandia

El caso que vamos a referir no sucedió en Yanquilandia, sino en una estación no muy distante de Lérida. Ni sucedió hace veinte años, sino muy recientemente.

Unos individuos, menores de edad, se entretienen un día maniobrando con un disco de colores a la hora en que un tren ha de entrar en las agujas de la estación. Providencialmente, el maquinista logra evitar una catástrofe ferroviaria, de la que, naturalmente, hubieran sido responsables únicos los audaces inconscientes metidos a guardaagujas.

Alguien ha visto la mal intencionada maniobra, y, acusados los culpables, éstos comparecen un día ante un Tribunal de menores.

Interrogados por el juez, contestan ellos confesando con toda naturalidad el hecho. Pero añaden, con la misma naturalidad, que si habían maniobrado con el disco era sólo para comprobar si el choque de dos trenes resultaba en la realidad igual que en cierta película que ellos habían visto. Sin duda, creían en su inconsciencia que esta circunstancia y esta intención les exculpaba por completo.

Es de advertir que los padres de estos inconscientes gozan de general estima entre los conocidos por su honradez y que, por supuesto, el proceder de estos menores no se puede achacar a mala educación.

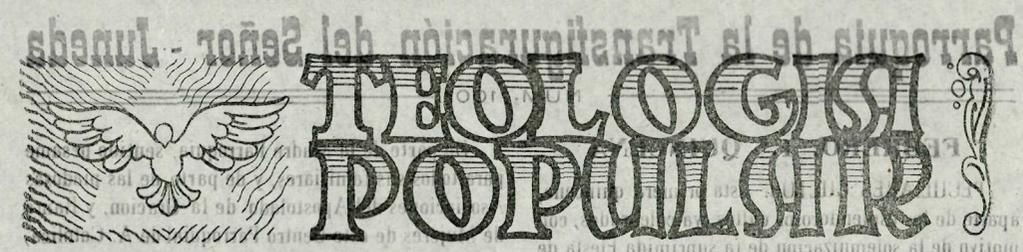
No sucedió hace años ni en Yanquilandia, país de las extrañas aventuras. Sucedió cerca de aquí, y la vista de la causa se hizo recientemente en un Tribunal de Lérida.

* * *

Véase cómo el cine truculento fomenta la delincuencia infantil. Pero conste que no es éste el peor de los males del mal cine.

Si se fuera a hacer la estadística de los jóvenes que llegaron a la deshonra, o la de los maridos que llegaron al aduiterio, por culpa de un cine procazmente sensual, resultaría sensacional y abrumadora.

Y hay quien toma a broma los excesos del cine malo.



TEOLOGÍA POPULAR

La Misa, prefigurada

—Muchas veces he leído que los sacrificios de la Antigua Ley judaica prefiguraban la Santa Misa. ¿Es eso verdad?...

—Sí, por ejemplo el de Melquisedech, que una vez ofreció pan y vino. Pero había un sacrificio ordinario, preceptuado en el Levítico, que lo prefiguraba ordinariamente. Era el de las «hostias pacíficas».

—¿Cómo eran estos sacrificios?... ¿En qué se distinguían de los otros?...

—Eran privilegio exclusivo de los que estaban en paz con Dios y libres de pecado; y los hacían, no por temor, sino espontáneamente, como amigos de Dios. La víctima se dividía en tres partes: una se quemaba en honor de Dios; otra pertenecía a los sacerdotes, y el resto era comido por los oferentes y su familia en un religioso banquete.

—Se ve bien clara la semejanza con la Santa Misa y con el banquete de la Sagrada Comunión, del que participan o pueden participar los que asisten a la Misa...

—Así es. La diferencia está solamente en la víctima y en el modo de inmolarse. La Víctima en la Misa no es un cordero o un becerro, sino el Cordero de Dios, Jesucristo,

Por qué llora la Virgen de Siracusa

La Virgen llora—escribió el Cardenal Schuster— porque entre los fieles que exteriormente cumplen con sus deberes, muchísimos no han comprendido lo que exige esta hora crucial en que nos encontramos. No se afanan por llevar una vida más seria, más sacrificada y de celo apostólico, a pesar del peligro en que se hallan.

La Virgen llora porque son tan pocos los que andan por el camino de la salvación y tantísimos los que corren peligro de perderse eternamente.

que para eso se pone en la Hostia sagrada por las palabras de la consagración.

—¿En qué consiste la diferencia en cuanto al modo de inmolarse la Víctima?...

—En que en el sacrificio judaico la inmolación era sangrienta, con muerte real, y en el altar de la Misa, la inmolación y muerte de Jesús es sólo mística, por la separación del Cuerpo y la Sangre... Sin embargo, el sacrificio de la Misa toma su valor del del Calvario, y en éste la inmolación y muerte de la Víctima divina fue real y sangrienta.



Confíesese como rey

Confesábase una vez un rey de Francia con un santo y varonil sacerdote. Cuando aquél hubo terminado la acusación de sus pecados, díjole el sacerdote:

—Muy bien, se ha confesado usted ya como Enrique... Confíesese ahora como rey...

* * *

No sabemos si la anédocta es del todo auténtica, ni sabemos tampoco exactamente a cuál rey de la serie de los Enriques se refiere.

Si sabemos en cambio, la moraleja de la anédocta. ¡A cuántos católicos, cuando se confiesan, se le debe decir lo mismo! Porque no faltan católicos que se cofiesan como Juan particular, pero no como patronos de los obreros o... como empresarios de cine.

Si el que muchas veces propone cae, ¿qué será el que tarde o nunca propone? (Kempis).

CASA DIOCESANA DE EJERCICIOS

FEBRERO

6-12 Hombres. P. Piquer.

13-19 Jóvenes. Premilitar. Rdo. R. Freixes

20-26 Señoritas Prematrimonial.

Reforma cuesta arriba: Ignacio de Loyola dijo a los curas disolutos: «¡Castidad perfecta!...» A sus religiosos les dijo: «¡No tres votos, sino cuatro!» ¡Qué diferente de Lutero!...

